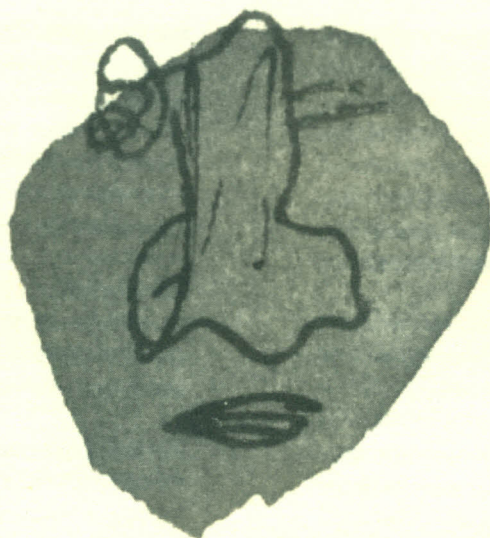


Don Carmen

CUAUHTÉMOC LÓPEZ GUZMÁN

...
* Escritor oaxaqueño



Don Carmen era un hombre de más de cien kilos de peso, muy alto, vivía frente a mi casa, al otro lado de una gran cuneta de concreto por donde corrían las aguas negras que iban a dar a los pantanos que se encontraban por el rumbo de los muelles de la Zona de Puerto Libre, adonde con frecuencia los niños nos aventurábamos a ver la carga y descarga de los enormes barcos que llevaban y traían mercancías de distintas partes del mundo. A veces, los marineros nos regalaban chicles, cigarros y comestibles enlatados, del extranjero, que exhibíamos orgullosamente como los más extraordinarios trofeos.

Don Carmen era un tabasqueño con ojos chale, voz de tiple y terriblemente malhablado. Andando en juicio, como se dice, era más blandito; pero borracho era el mismísimo diablo en calzoncillos. Machete en mano perseguía a la infeliz de Nicanora, una señora bajita y regordeta que le aguantaba unas patizas tremendas. Don Carmen podía ser muy violento, pero quería mucho a su mujer, siempre le hablaba con puros diminutivos, muy tierno, aunque con los humos

del alcohol y casi sin motivo, de puta no la bajara y sobre su chaparra humanidad bailara una jarabe tapatío, rematando con un son chontal, para después arrastrarla por todo el patio.

Pasada la tempestad, ya en juicio, Don Carmen pedía perdón y ataviados con sus mejores galas, se iban los dos del brazo a la función popular de cine a ver tres películas mexicanas por un peso.

¡Cómo eres pendeja, Nicanora! —le decía mi mamá— ¿Por qué no dejas a ese pinche tabasqueño culopinto? —No puedo, Chofi, ya estoy acostumbrada a su modo, y lo quiero mucho— decía la infeliz mujer tapándose con la mano el ojo izquierdo, morado, como de cotorro, producto de un rechazazo de Don Carmen.

La casa de Don Carmen, como la nuestra, era de madera con techo de lámina de zinc. Por las constantes inundaciones de que nos hacía víctima aquella gran cuneta en la tem-

porada de lluvias, algunas casas estaban construídas sobre pilotes de madera impregnadas de chapopote y de criosanta, lo que dejaba un buen espacio entre el piso y el suelo.

Debajo de su casa, don Carmen tenía un criadero de conejos.

Una mañana, jugábamos a las canicas, Aurelio, Fito, Isidro y yo, éramos más o menos de la misma estatura aunque de distintas edades, Aurelio era un chaparro traga años a quien ya le pintaba un ligero bozo por arriba de la boca. Isidro, que parecía el mayor y de más corpulencia, era cuñado del lechero en cuyo caballo los domingos íbamos a correr en la playa. Fito, hijo único de doña Ernestina, quien siempre lo traía muy preñado, muy limpio, se convirtió pasando los años, en un flamante y estirado abogado.

De pronto escuchábamos la alterada y tipluda voz de Don Carmen:

—¡Coño! —gritaba—. ¡Yo creo que algún maldecido gato jioeputa se está comiendo mis conejitos, coño! se desesperaba de veras y hasta el aire se le iba.

—Lo malo, coño, es que no estoy en el día para matar a ese cabrón. ¡joder, coño!

Nosotros habíamos dejado de jugar para escuchar con atención y nos quedamos como marranos recién comprados cuando de repente la carota de don Carmen asomó por su ventana y nos dijo:

—¡Oigan chamacos, les voy a dar cinco pesos si se agarran a un pinche gato que se está comiendo a mis conejos, pero quiero verlo vivo o muerto, me lo traen y luego luego se los pago.

Era mucho dinero, nos veíamos unos a otros como idiotas. —Si don Carmen.— contestamos casi en coro.

—Bueno, pues—contestó—pero tiene que ser pronto, hoy mismo si se puede, ¡joder!

Miradas de complicidad y alegría se cruzaron entre nosotros, cuando el hombre desapareció de la ventana.

—¿Y ahora? —dijo Isidro.

—Pues, a agarrar a ese pinche gato. —interrumpió Aurelio, —¿Se imaginan?, voy a poder comprar dos trompos con punta de tornillo, un pedazote de pan de piña con los chinos de «La Parroquia» y hasta me va alcanzar para ir a la matiné el domingo.

—Si. —dijo Isidro, —tú, porque no tienes hermanos y todo el día estas de huevón, yo tengo que repartir leche hasta las once de la mañana.

—Bueno, dijo Fito. —que Aurelio cuide primero, ya más tarde cuidamos los cuatro.

Nos pasamos el día enteros pendientes, turnándonos cuando nos llamaban para hacer algún mandado.

—Desde aquí lo voy a ver cuando entre, —decía Isidro mientras que con un pedazo de vidrio pulía una blanca y casi perfecta horqueta de palo de lecherillo, para su resortera. —Con este tirador le voy a dar en la mera cabezota; hasta pelitos va a dejar el cabrón.— reímos todos.

Ya comenzaba a pardear la tarde, aburridos, guardábamos silencio, yo acariciaba un pedazo de tubo galvanizado que en un extremo tenía enroscado un oxidado codo que lo hacía sentir muy pesado.

La parte posterior de la casa colindaba con otro terreno, divididos por una cerca donde una tupida enredadera de estropajos hacía desaparecer la madera.

De repente lo vimos, por la enredadera iba trepando lentamente un enorme gato gris, viejo y rencoso, con un conejito en el hocico. Nos tomó por sorpresa, no nos dimos cuenta en qué momento entró al patio, el gato se encontraba a más de siete metros de distancia y seguramente escaparía. Casi sin esperanzas, con una furia inaudita, arrojé el pedazo de tubo con todas mis fuerzas en dirección al felino, no podíamos creerlo, el pedazo de tubo dió de lleno en el cráneo del gato que cayó hacia atrás dando un maullido de dolor, soltando al conejo, al instante nos fuimos sobre él y le tundimos inmisericordiosamente, lo molimos a palos, el infeliz se retorció entre sus meados y excrementos, hecho una porquería, hasta que se quedó quieto; la sangre le brotaba por todos lados, hasta unos dientes le rompimos.

—¡Lo chingamos! —grito Aurelio, riendo.

Fito estaba templando, tenía los ojos vidriosos, a punto de echarse a llorar.

—Ora tú, ¿que tienes? —pregunto Isidro.

—Es que, me da mucha lástima, —gimoteó Fito.— mira como está, pobrecito.

—¡Ya hombre, no sea llorón! interrumpió burlón Aurelio.

—¡Déjalo! —protestó muy serio Isidro, —él no es como tú.

Le atamos un mecate al cuello y arrastrándolo lo llevamos ante don Carmen, quien justo en ese momento llegaba a su

...
casa, cuando lo vió no pudo ocultar su alegría, Fito le entregó el conejito que se movía debilmente.

—¡Nica, mira Nica! —gritó llamando a su mujer, —estos cabrones chamacos mataron al gato y hasta el conejito trajeron, todo mascaito, pero vivo, ¡qué cabrones, joder!

Nos dió los cinco pesos y nos pidió que lo tiráramos por ahí. Felices nos fuimos llevando al gato a rastras, dando tumbos y dejando un surco en el suelo.

Casi al llegar a la vía del ferrocarril, las aguas de la cuneta se hundían en cascada en un paso subterráneo y volvían a seguir por el otro lado, más allá del paso de los trenes, cerca de la casa de Fito. Ahí nos detuvimos, las personas que se encontraban en la puerta de la tienda de abarrotes y billar del güero Fermín ubicada a escasos cinco o seis metros de los rieles, se nos quedaron viendo con mucha curiosidad y cuchicheaban.

—Hay que echarlo al agua para que se lo lleve. —les dije. Isidro tiró del mecate y empezó a hacerlo girar por arriba de su cabeza y de repente lo soltó, el gato fue a caer no donde se hundían las pestilentes aguas, sino en sentido contrario, se oyó el golpe del cuerpo contra el muro. El animal cayó en la parte enzovada de la cuneta y al hacer contacto con el agua, lanzó un pavoroso maullido que nos erizó los pelos, salió de la cuneta como una exhalación y se perdió entre los matorrales que crecían por el otro lado del drenaje y a lo largo de las vías.

La gente que nos miraba nos señalaban y de pronto estallaron en risas, nosotros reímos también.

Cuando don Carmen se enteró de lo que había pasado puso el grito en el cielo, nos reclamó muy serio:

—¿Y ahora qué, que van a hacer si ese pinche gato regresa? —Pues ni modo don Carmen. —Contestó Isidro con cierto temor. —¿Cómo que ni modo, ustedes no lo mataron! —¿Cómo de que no? —interrumpió Aurelio, —usted lo vió, ¿Se lo trajimos, no? lo que pasa es que dicen que los gatos tienen siete vidas y de eso nosotros no tenemos la culpa. El hombre dudó un momento y reaccionó violentamente. —¿Qué siete vidas, ni qué carajos! ¿entonces, jódame yo, no? ¡qué cabrones, joder! nos dió la espalda y se marchó maldiciendo.

No quisimos tener problemas con don Carmen, nos caía muy bien. Durante algún tiempo estuvimos vigilantes, pendientes por si el gato aparecía nuevamente, el tiempo pasó dando lugar a cosas nuevas y a otros intereses. El suceso aquel del gato, se fué acomodando lentamente entre el olvido y los recuerdos.

Al gato no volvimos a verlo jamás y don Carmen murió dos o tres años después, en una calurosa noche de amor encima de nicanora, de lo que todo mundo se enteró porque la mujer pegaba unos alaridos que despertaron a todos los vecinos, que en tropel invadieron la casa y encontraron a don Carmen completamente desnudo sobre su aterrada consorte, quien no podía zafarse de los brazos del muerto.

...

